

ANTES DE LAS QUINIENTAS MUJERES

ANTES DE LAS QUINIENTAS MUJERES

Pase V. este capítulo: 1.º si está V. bien decidido á no ir jamás ni á Egipto, ni á las Indias, ni á Cochinchina; 2.º si le es á V. indiferente saber cómo se va; 3.º si le desagrada leer notas de viaje y un cuaderno de bitácora.

DE MARSELLA Á PORT-SAID, 1.568 MILLAS.

(*La milla marina es de 1.852 metros.*)

Salida de Marsella el miércoles 16 de Noviembre de 1887, al mediodía, en el *Salazie*. Este magnífico paquebot, de la Compañía de Mensajerías marítimas, se dirige á la Reunión, Sidney y Numea. Pero me dejará en el canal de Suez, veré de Egipto lo que pueda ver, y á las tres semanas, poco más ó menos, me embarcaré en Alejandría en el *Yang-Tsé*, correo de las Indias, de la China y del Japón.

Para empezar: tiempo nublado y lluvioso. Por la noche el tiempo mejora y la brisa sopla del Noroeste.

A las cuatro de la mañana del jueves 17 atravesamos los Sanguinarios, á la entrada del golfo de Ajaccio, y á las seis estamos en el estrecho que separa á Córcega de Cerdeña. Desde el puente, á donde me ha invitado á subir el comandante Boulard, veo el pueblecillo de Bonifacio, Pertusotó y la roca de Lavezzi, donde naufragó la fragata *Semillaate*.

¡Espantoso drama! Nadie lo presencié desde la tierra próxima. Ninguno de los náufragos pudo contarlo. Todos perecieron: oficiales, marineros, soldados... mil hombres. Abrióse la mar y se cerró sobre ellos. Un grito de desesperacion y luego... nada. Pero algunos indicios permiten reconstituir la escena terrible y grandiosa que debió ocurrir antes de la catástrofe. A bordo iba un obispo. Se ha encontrado su cuerpo revestido con las vestiduras sacerdotales. ¿Por qué? Porque sin duda á última hora los tripulantes, viéndose irremisiblemente perdidos, le pidieron su bendición. Considerad la mar furiosa, el buque destrozado, los hombres prosternados, y el sacerdote, revestido como si oficiase en una iglesia, extendiendo las manos, dando la absolución

y rogando á Dios que acogiese todas aquellas almas, mientras los cuerpos descendían poco á poco al abismo.

Hoy la mar está azul, asoleada, tranquila, y baña blandamente las rocas de Lavezzi. No se acuerda ya del mal que hizo. Como una loca que, después de matar á su hijo, le mece y le arrulla, sin tener conciencia de su delito.

Viernes 18.—Estamos frente á las islas de Lipari, tierras volcánicas cubiertas de viñedo, con graciosos pueblecillos de casas blancas y tejados rojos. El Estromboli y su penacho de humo.

A las once entramos en el estrecho de Mesina, entre Italia y Sicilia, Caribdis y Scila; Reggio en la costa de Italia. De frente Mesina, que se distingue con mucha claridad. Este tránsito en pleno día y con hermoso sol, merece señalarse.

Salida del Estrecho. El Etna cubierto de nieve. Pasamos cerca de la costa de Calabria.

Cuaderno de bitácora: Tiempo nuboso, brisa de NO. Mar bastante serena. Dos vapores en dirección contraria.

Sábado 19.—El islote de Gardo ó de Gozzo. La

isla de Creta ó de Candía. Montañas grises de forma pintoresca. Sopla la brisa.

Domingo 20.—No vemos tierra. Ejercicios á bordo, de incendio y de embarcación. Por la noche, el comandante me lleva á visitar las cámaras de fundición. Un hervidero donde no pueden vivir más que negros de Aden. ¡Pobres gentes! ¡Treinta ó cuarenta francos mensuales por llevar tal existencia! Cuando llego al centro de la cámara, á una señal del comandante ábrense todos los hornos á la vez. ¡Qué calor! ¡La temperatura sube de pronto 20 grados! Pero en cambio, ¡qué espectáculo más curioso! Brasas, fulgores rojizos; y los negros, completamente desnudos, con palas, con biendos, corriendo del uno al otro horno, saltando, cantando, gesticulando. Parece esto el infierno con sus demonios y todo.

Lunes 21.—Buen tiempo, calma, mar tranquila. Nos acercamos á la costa de Egipto. Divisanse durante todo el día veleros y vapores. A las nueve de la noche la máquina disminuye velocidad para recibir al piloto, y entramos en Port-Said.

Mientras el *Salazie* se surte de carbón, bajo á tierra.

En cierta ocasión desembarcó un inglés en Calais. Llegóse á él un pobre y le pidió limosna. El inglés cogió el cuaderno donde apuntaba sus impresiones de viaje y escribió: «Francia, pueblo de mendigos.» Luego, satisfecho, y seguro de conocer bien nuestras costumbres, se volvió á Londres. Si yo procediese del mismo modo, escribiría despues de dar un vistazo á Port-Said: «Este Egipto no tiene ningun carácter notable: barracas más bien que casas, aceras de madera, calles polvorientas, tiendas pobres. Ningún indígena; solo se ven griegos, italianos y algunos turcos falsificados. En todas las esquinas, mercados de fotografías obscenas, cafés-conciertos donde cantan de día y de noche, ruletas de dos ceros para veinticuatro números, verdaderas cuevas de ladrones», y me marcharía creyendo haber visto y juzgado bien el viejo Egipto de los Faraones y de las Pirámides. Por fortuna para él y para mí, pienso ir más lejos. Como me basta con media hora de paseo por Port-Said, para hacer tiempo entro en El Dorado, me voy á la sala de juego y pongo valerosamente dos francos al 23. Salió. He ganado. Pero los banqueros sostienen que he puesto mi dinero tardíamente.—«No dirían ustedes eso si hubiese perdido: se hubieran embolsado mis dos francos. ¡No faltaba más

sino que no me pagasen!» Grito tan fuerte, que me pagan y me vuelvo á bordo muy orgulloso por mi triunfo. He ganado cuarenta y ocho francos en la ruleta de Port-Said. ¡Cosa nunca vista! Pero poco despues, ya en marcha, cuando ruego al encargado del servicio que me cambie las dos monedas de oro con que me han pagado, me dice que son falsas. Son puntos fuertes los tales directores de garitos egipcios y muy estúpidos los que se acercan á semejantes ruletas.

A la una de la mañana se apareja en el canal, al resplandor de las luces eléctricas: curiosa navegación.

DE PORT-SAID Á SUEZ (88 MILLAS).

Martes 22.—Navegamos por el canal. Desierto, arenales, colinas en el horizonte. Efectos de espejismo. Una caravana de camellos que viene del Asia Menor. La casa construída por la emperatriz Eugenia al inaugurarse el canal. Entrada de lagos pequeños. Al mediodía divisamos, á nuestra derecha, á Ismailia, entre un bosque de palmeras. Aquí me despido del simpático comandante Boulard y de su hermoso bu-

que, que se detiene un instante para dejarme trasladar con mi equipaje al vapor de la Compañía del canal. M. Harel, yerno de M. de Lesseps, me acompaña, y, con la mayor amabilidad, me evita las molestias de la aduana, lo que me permite tomar inmediatamente el tren para el Cairo.

Presentación á Ibrahim-Pachá, gobernador del canal, y á Linan-Bey, que estuvieron muy atentos, y á Hubar-Pachá, primer ministro, en el tren.

Trayecto de los más pintorescos: el desierto, la soledad, el vacío, y luego, sin transición, el campo de un verde oscuro, que tira á azul, y pueblos, pueblecillos, donde hormiguea multitud de gentes, de las que no conozco todavía ni la posición, ni los diversos oficios, pero que me encantan por la variedad de sus trajes de todos colores.

Llego al Cairo á las siete de la noche.

Quince días en esta ciudad fantástica. Poco es, hasta para verla superficialmente. Pero se aprovechan cuando está uno acompañado, y acompañado frecuentemente, por el médico más conocido en el Cairo, y que mejor le conoce, el doctor Fouquet, y por un abogado tan notable como M. Carton de Wiart. Gracias á estos dos

inteligentes y amabilísimos compatriotas he visto mucho..., hasta cosas que no se ven de ordinario. Como ya he prometido, algún día las describirá Isidoro Girodot. Su mujer, Clementina, dirá cuáles fueron sus impresiones en un harem. Yo, fiel á mi plan, sin salir de mi sumario, me limito á la nomenclatura siguiente: La gran calle de Muski, la ciudadela con su espléndido panorama, las mezquitas, los bazares, el Cairo antiguo, el barrio de las mujeres, el Museo Boulac, Choubrah, el paseo á orilla del Nilo, las tumbas de los califas, las Pirámides, la Esfinge, el palacio de la princesa Fathma... No acabaría nunca, y cierro la lista, aunque sin poder resistir al deseo de hablar un instante de una fiesta que me ha llegado al alma.

Una fiesta religiosa, por supuesto: el nacimiento del Profeta, según creo. En Oriente, todas las fiestas tienen un carácter más ó menos religioso. Pero, ¡vaya una manera extraña y burlesca de festejar á Mahomet, á ese sublime reformador tan mal comprendido por los cristianos! al autor del Corán, donde se encuentran preceptos como los que voy á transcribir:

«El hombre, cualquiera que sea su culto, ya sea musulmán, judío ó cristiano, es agradable á Dios, que le considera digno de sus recompen-

sas si es justo y virtuoso y practica la caridad.»

Y este otro: «La virtud no consiste en dirigir vuestro rostro al lado de Levante ó al de Poniente, ofreciendo á Dios, solo y único, las adoraciones que le debéis. Nadie es virtuoso, sino á condición de socorrer por el amor de Dios á sus prójimos, á los huérfanos, á los pobres y á los viajeros; de redimir á los cautivos, de practicar la oración, de dar limosna, de mostrarse paciente en la adversidad, en los malos tiempos y en los tiempos de violencia.»

Y también: «Combatid, en el terreno de Dios, contra los que nos hagan la guerra; pero no cometáis injusticias atacándoles los primeros, porque Dios no ama á los injustos.»

Mahomet no olvida á las mujeres:

«¡Oh, hombres, respetad á las mujeres! Pensad que os han llevado en sus entrañas... Si teméis ser injustos, tomad pocas mujeres, dos ó tres á lo sumo entre aquellas que os agraden. Si aun así teméis ser injustos, casaos con una sola.»

«La mujer debe cubrirse púdicamente el rostro con un velo, á fin de evitar la calumnia y de conservar su honor.»

«Si vuestras mujeres cometen la acción infa-

me del adulterio, apelad á cuatro testigos; y si sus testimonios están conformes para acusar á la culpable, encerradla en una casa aislada hasta el día en que el arrepentimiento entre en su corazón y la misericordia en el vuestro... Dios ama el perdón, porque es misericordioso.»

Todo esto es muy cristiano. ¿No les parece á ustedes así?

Y vuelvo á lo de la fiesta celebrada en honor del hombre ó del semi-dios que dictó estas leyes, por cierto tan mal observadas.

Son las nueve de la noche. A dos kilómetros del Cairo, una gran planicie llena de pabellones, barracas y tiendas de tela, alumbrada con faroles de cristal de colores y candilejas. Parece el campo de una feria.

Los pabellones, adornados con arañas, hermosas alfombras, muchos amueblados con sillones y mesas, tapizados con ricos paños, pertenecen al kedive, á los pachás ó á elevados personajes. Cada uno tiene el suyo. Es un deber, un lujo y una distinción. Las tiendas están llenas de gente, de pequeños monumentos y de animales de azúcar. En las barracas, saltimbanquis, charlatanes y tragadores de brasas y de escorpiones vivos. Y agitándose en medio de todo esto, una muchedumbre compacta, oprimida, bulliciosa,

vestida de diverso modo, pintarrajeada de todos colores; aldeanos y mercaderes, europeos ó indígenas, casquetes, turbantes y sombreros. Los coches, que son muchos y forman varias filas, no pueden avanzar, á pesar de los gritos de los *sais*, magníficamente vestidos, que les preceden.

Con el pretexto de la religión, todas las mujeres del Cairo, hasta las más enclaustradas, están aquí, en carruajes cerrados, acompañadas de un eunuco sentado á su lado, y otro á cada portezuela. La familia del kedive, su mujer (en este momento no tiene más que una), y algunas favoritas pasadas ó futuras, se distinguen por la forma de sus carruajes: grandes berlinas negras tiradas por hermosos troncos. Llevan abrigos sin mangas que disimulan sus formas. La cabeza está cubierta por un velo blanco que no deja ver más que los ojos, preciosos ojos negros, rasgados, brillantes ó húmedos. Yo miro tanto como las conveniencias me lo permiten, mientras sus coches y el mío permanecen detenidos por una especie de *fantasia* (1) que pasa: hom-

(1) *Fantasias*. Carreras en las fiestas de los árabes. (Nota del T.)

bres con antorchas que gritan y se agitan como diablos: uno de ellos lleva el cuello y los brazos rodeados de serpientes. Es un domesticador, según me dicen.

Con mil apuros he llegado cerca de una de las tiendas de campaña, y gracias á mi acompañante entro en ella. Hay allí reunidos unos cincuenta derviches que giran y aullan. El de más edad permanece al frente de los demás, y les ayuda á cantar una larga letanía monótona, interrumpida de cuando en cuando por este grito: ¡*Alah hu!* Mientras cantan, balancean la cabeza é inclinan el cuerpo, y cada vez se acentúa más este movimiento y va siendo más rápido. Y siempre ¡*Alah hu!* Ahora, á los cánticos suceden gritos que no tienen nada de humano, rugidos de animales feroces. Se han juntado; sus brazos y sus hombros se tocan; forman una cadena, y toda esa cadena, al mismo tiempo, retrocede, se precipita hácia adelante y aulla su eterno grito: ¡*Alah hu!* ¿Cuándo se detendrán? Nunca. Su fanatismo les sostiene, y no cesan. Caen extenuados, espirantes, en una última convulsión y un último aullido: ¡*Alah hu!*

Todo esto es muy curioso, pero termino como empecé: debiera festejarse más inteligentemente á un legislador del mérito de Mahomet.

5 de Diciembre.—Salgo para Alejandría en ferrocarril. Trayecto interesante y precioso. Cuatro días en Alejandría bien empleados, gracias á la amabilidad de M. Psaty. Otra vez mezquitas y bazares, pero muy inferiores á los del Cairo. La plaza de los Cónsules, el paseo á orillas del canal, el puerto, la población turca y el palacio de verano del kedive: *Raz-el-Tin*, el harem.

Viernes 9 de Diciembre.—A las tres me embarco en el *Yang-Tsé*, correo de las Indias, la China y el Japón. Tiempo hermosísimo. Excelente camarote, donde iré solo durante toda la travesía. Débole á la recomendación de M. Ricard, agente principal de las Mensajerías Marítimas. Todos, en esta poderosa Compañía, han sido amabilísimos conmigo, desde los jefes más elevados hasta los agentes más subalternos, y en especial los comandantes y su estado mayor. Gracias á ellos no he hecho lo que se llama un viaje; me he paseado, con todas las comodidades que pueden desearse, por estos magníficos países.

Salimos de los canales de Alejandría, seguidos durante un rato por el vaporcito de la Compañía citada. Una cáscara de nuez comparado con el inmenso *Yang-Tsé*.

Costa de Egipto muy iluminada, pero lejana.

Sábado 10.—A las cuatro de la mañana, á la vista el faro de Port-Said. Desembarco por segunda vez en este pueblecillo, que ha despertado como por ensalmo desde que nuestro paquebot empezó á distinguirse. Las tiendas y los cafés se han abierto. Los cantadores mayan, las ruletas giran, los tahures roban.

Ya se ha provisto de carbón el *Yang-Tsé*. En marcha. Héme aquí de nuevo en el canal; pero ahora es el sol el que me muestra lo que antes me mostró la electricidad.

Estacion de El-Kantara, á 26 millas. Detenciones en varios puntos para dejar paso á grandes paquebots que marchan en dirección inversa, buques de guerra italianos que vuelven de Masowah. Por la noche Ismailia, donde me detuve hace tres semanas. Desde ahora, todo cuanto vea será nuevo para mí.

Encontramos el paquebot *Irraonaddy*, de la Compañía. Regresa á Francia y lleva encendidos todos los fuegos. Le saludamos haciendo algunos disparos, y contesta á nuestros saludos. Es un espectáculo precioso en la oscuridad de la

noche, y que conmueve cuando se halla uno ya lejos de su país.

Los lagos amargos, por donde caminamos á todo vapor durante ocho millas. Llegada á la segunda parte del canal. Disminuye nuestra marcha (cinco millas por hora, á lo más, que es todo lo que permite el reglamento).

Domingo 11.—A las cuatro de la mañana, Suez á la salida del canal, como está Port-Said á la entrada cuando se viene de Europa. No tenemos tiempo para saltar á tierra. Hay que contentarse con mirar con el antejo esa pequeña ciudad árabe, dormida todavía, y en frente, un ramillete de tamariscos, que indica el emplazamiento de la famosa fuente de Moisés.

A las siete volvemos á emprender la marcha, y penetramos en el estrecho que conduce primero al golfo de Suez y luego al Mar Rojo.

DE SUEZ Á ADEN (1.317 MILLAS).

Altas montañas á la parte de Asia. El monte Sinai. Los *Hermanos*, tres islotes con un faro, á 90 millas de Suez. Dedalus á 102 millas.

Misa á bordo en la batería. Por altar, tambo-

res cubiertos con banderas. Oficia uno de los misioneros que llevamos al Tonkin. Los demás le ayudan. Gran recogimiento.

Cuaderno de bitácora: Buen tiempo, ligera brisa de NNO. Cala seca.

Lunes 12 á jueves 15.—Buen tiempo, ligera brisa Norte. Varios vapores á la vista. Ya hace calor, pero es muy soportable, aun en el Mar Rojo, en esta época del año. Sin embargo, los pasajeros lucen ya sus trajes de telas claras. Los chinos agitan durante las comidas el gran abanico fijo que se llama *panka*. Se empieza también á hacer uso de los baños y las duchas.

Algunos nombres de mis compañeros de viaje, de los que me han sido más simpáticos, y á quienes me ha parecido inspirar mayor simpatía. En primer lugar, mi antiguo amigo Sainte-Marie, un parisiense muy conocido, que se dirige á Calcuta para establecer allí un Instituto Pasteur; el comandante Lormier; el general de division Bégin, que va á tomar el mando de las tropas del Tonkin y Cochinchina; M. de Lidin, comisario general de Marina; Arrighi de Casanova, funcionario de Correos; Furby, comisario de á bordo; Melhi, médico; Guillot, otro comi-

sario; M. de Peyronny, tesorero general en Pondichery; señora y señorita Lacaze; dos oficiales del Estado Mayor del general Bégin, y los capitanes Guyonnet y Malhonnet. El lector exclamará: ¿Qué me importa esa lista?... ¿Y para qué la ha leído? Suya es la culpa. ¿No le recomendé que pasara este capítulo? Yo tengo gusto en consignar estos nombres. Me imagino así que me encuentro por algunos instantes entre todos estos amables compañeros, de los cuales uno, ¡ay! el último, va á morir al llegar al Tonkin.

Viernes 16.—Al ponerse el sol, la costa de Asia á la vista. Moka. El estrecho de Bab-el-Mandeb. El islote de Perim... de los ingleses, por supuesto. En este camino de las Indias, todos de ellos. Les hemos dejado instalarse por todos lados, y si tuviese tiempo, contaría cómo tomaron posesion de Perim.

Nos acercamos á Aden. Montañas de gran altura magníficamente cortadas. A las tres, anclamos. Inmediatamente el *Yang-Tsé* se encuentra rodeado de piraguas de todas especies. Es curioso ver á los negritos. ¡Excelentes nadadores! Ocupo un puesto al lado de M. Arrighi en una de las embarcaciones de á bordo, el funcionario de Correos, y héme aquí entre grandes sa-

cos amarillos que contienen pliegos, en camino para Steamer-Point, el puerto ó ciudad que precede á Aden.

Luego viajamos en un carricoche del país, por un camino polvoriento, árido, donde encontramos negros medio desnudos, con los cabellos teñidos de encarnado... (es una coquetería); árabes cubiertos con sus albornoces y algunas mujeres, adornadas con cuentas de cristal y amuletos, á la puerta de sus cabañas; luego la ciudadela, los soldados ingleses, las cisternas que no merecen su reputación y la ciudad árabe sumamente pintoresca, con su marco de montañas.

La comida, en casa del principal negociante del país, el Sr. Tian, que acaba de hacer la travesía con nosotros. Por la tarde, paseo por los barrios excéntricos, adonde no aconsejo á todos que vayan.

Sin embargo, se ven en ellos hermosas sudanasas de abultado pecho y anchas caderas.

Volvemos á bordo á las once de la noche, con mar bastante fuerte; la noche está muy oscura. Por fortuna, el *Yang-Tsé* está muy alumbrado y nos embarcamos sin accidente alguno. Se aparea á las dos de la mañana.

DE ADEN Á COLOMBO (2.100 MILLAS).

Sábado 17.—Travesía del golfo de Aden. Nos dirigimos hacia la costa de Africa.

Domingo 18.—Al amanecer, la tierra de los Somális, arenosa, árida, un verdadero desierto. En el fondo, las montañas de Razfiló. A las diez, doblamos el cabo de Guardafuí, punto extremo del Africa oriental. Este cabo es célebre por numerosos naufragios, y entre ellos el de *Meikong*, de las Mensajerías Marítimas, perdido el 18 de Junio de 1877 al regresar de Sanghai. Tengo á la vista la narración inédita de uno de los pasajeros... y deploro que no pueda tener cabida en este ligero resumen.

Henos aquí ahora en pleno mar de las Indias, con una temperatura de 30 grados, poco más ó menos, muy tolerable en el puente á la sombra de nuestra doble tienda, pero un tanto penosa en los camarotes. Yo no duermo ya en el mío; me echo en el puente, como muchos pasajeros y pasajeras, en mi gran sillón de paja, una verdadera cama sin colchones.

Por la noche, á lo lejos, la isla de Socotora.

Del lunes 19 al jueves 22.—Nada á la vista. Buen tiempo. Mar tranquila. El viento NE. que reina en estos parajes desde Octubre á Abril es muy constante.

Jueves 22.—A la una de la mañana se divisa el faro de Minicoi, en el canal *de los ocho grados*, sobre las Maldivias, un grupo de islas muy bajas. Por convicción, sin informarme de ello, declaro que pertenecen á los ingleses, ó que sus habitantes les pagan algún tributo.

Por la tarde, nublado aclarando á ratos. A estribor un vapor camina á nuestro paso.

Viernes 23.—Mejora el tiempo. Nos acercamos á la isla de Ceylan. Al mediodía se distingue. A las dos entramos en el puerto de *Colombo*.

Desde hace muchos años estoy oyendo repetir que Ceylan es el paraíso terrestre. ¡Vamos de prisa al paraíso, puesto que se dignan admitirme vivo en él! Una barca del país me conduce, por un mar muy movido, por más que desde hace algunos años está Colombo protegido por un largo dique.

No me han engañado: esto es un paraíso, por las plantas, los árboles y las flores; un paraíso bañado por el mar, los lagos y los ríos... ¡Está

bueno! Arrebatado por el entusiasmo, iba á empezar una descripción. Volvamos al extracto: Paseo por la población, por los mercados, entre cingaleses con túnicas de algodón blanco, musulmanes con sus grandes gorros, malayos y naturales del Indostán con sus turbantes, una mezcla inconcebible de pobladores... una infinidad de trajes y de colores.

Como en el *Oriental Hotel*, con algunos de mis compañeros de pasaje. Es para mí una novedad esta comida en un salón inmenso, que los *panhas*, siempre en movimiento, ponen casi fresco.

Por la tarde, paseo bajo los soportales del hotel, llenos de tiendas. Los vendedores de juguetes y de objetos de concha y de marfil son los que más abundan. Cuidado con dejarse robar.

Me acuesto en una espaciosa habitación del *Oriental Hotel*, y como no tiene ventanas, sino que el aire entra por todas partes, consigo dormirme.

Al día siguiente, á las seis, salgo con *Sainte-Marie*, en coche, para *Mont-Lavinia*, linda población á la orilla del mar.

Y lo más bonito es el camino, rojo, de color de ladrillo, como todos los caminos del país, y también sus aldeas, sus casas, sus cabañas, entre cocoteros, palmeras, enredaderas gigantescas, flo-

res inmensas de brillantes colores, y el continuo ir y venir por este camino de tantos indígenas, pintorescamente vestidos, á pie, á caballo y en carros de bueyes.

Parecen mujeres, con las caras casi siempre imberbes, sus grandes ojos lánguidos, sus facciones finas, y el moño de sus cabellos prendido con una gran peineta de concha con muchas labores.

Después de desayunarnos en el hotel de Mont-Lavinia, regresamos por ferrocarril: á la izquierda el Océano Indico; á la derecha bosques de cocoteros atravesados por ríos y arroyos.

Este paseo me hace entrar en ganas de llegar hasta Kandy, antigua capital de Ceylan, y atravesar una parte de esta isla maravillosa. Pero necesitaría un día, y el *Yang-Tsé* sale dentro de una hora. Tenemos el tiempo tasado.

Se apareja á las dos de la tarde.

Ha disminuido el número de pasajeros. Muchos nos han abandonado para tomar otro barco de la Compañía que les llevará á Pondichery, á Madras y á Calcuta.

Con gran sentimiento me he separado de mi amigo Sainte-Marie y de M. de Peyronny.

DE COLOMBO Á SINGAPOORE (1,580 MILLAS).

Durante todo el día, del sábado 24, costeamos la isla; cocoteros, siempre cocoteros, bajo un cielo azul, y en el horizonte elevadas montañas. Me enseñan el pico de Adan, porque los cingaleses sostienen que Adan y Eva habitaron aquel país. No lo discuto y felicito á nuestros primeros padres por haber elegido tan bien el punto de su naturaleza.

Del domingo 25 al martes 27.—Tiempo nublado, fuerte brisa de Oeste.

Miércoles 28.—Tiempo nublado, lluvia, brisa ligera. A las nueve de la mañana tenemos á la vista la punta de *Atchin*, á la extremidad Norte de la isla de *Sumatra*; entramos en el estrecho de *Malaca*.

Jueves 29.—Horizonte cargado, calma. De madrugada, á la vista varias islas, verdaderos ramilletes en el mar.

Viernes 30.—Estamos en el estrecho de Sin-

gapoore, una maravilla; á la derecha, islas muy bajas que parece que van saliendo del Océano á medida que nos aproximamos; á la izquierda, la extremidad de la península de Malaca, sobre la que se extiende Singapoore.

Al mediodía, en la rada, y á las dos, en tierra. Por la vegetación, Ceylan acaso sea superior á este nuevo país; pero como ciudad, Singapoore vale más que todos los Colombos del mundo.

La nueva capital de Ceylan es una pequeña población inglesa y cingalesa, encantadora, graciosa, perdida, anegada en el agua y el verdor; Singapoore es una gran ciudad cosmopolita donde se han dado cita todas las razas del Asia y todas las sectas religiosas: malayos, chinos, malabares, Parsis de Bombay, naturales del Indostán... Se hablan todos los idiomas; se ven todos los trajes... y también todas las desnudeces: como en Ceylan, la cuarta parte de la población lleva el tronco y las piernas desnudos, y otra cuarta parte se contenta con una montera en la cabeza y una corbata entre las piernas. Iba á decir unos calzoncillos, pero estos son muy grandes para dar idea de mi pensamiento.

Un arrabal malayo constituye un arrabal de la ciudad. Templos indios, pagodas chinas, un amontonamiento de casas, de edificios, de igle-

sias, una rada inmensa, y por todos lados grandes y floridos árboles.

M. Villeroy, que tiene actualmnte á su cargo el consulado de Francia, es tan amable conmigo que me acompaña al Jardín Botánico. Es maravilloso. La naturaleza es extravagante en todos estos países. Nada la contiene, ni las duchas que diariamente le arroja el cielo.

Por la tarde, después de comer en el hotel de Europa, una carrera á gran velocidad en pequeños cabriolets tirados por malayos (1). Atravesamos el barrio chino, la calle de los Pájaros y la de las Flores, donde aquí rumanas, más allá chinas y más lejos lindas japonesas, nos dirigen sus más graciosas sonrisas. Una parada en el barrio de los negros para dar un vistazo á las danzas de las que se dicen bayaderas. Estas son falsificadas. Ya veré despues las verdaderas. Y como en Singapoore hay para todos los gustos, al pasar veo una especie de concierto ó baile público, donde unas vienesas muy agradables

(1) Como los *pousse-pousse* de la Exposición, sólo que los malayos de allá tienen el busto desnudo, mientras que los anamitas de aquí visten trajes caprichosos, sumamente caprichosos, desconocidos en las Indias, en Cochinchina y en el Tonkin.

cantan y bailan polkas y vales, con gran contento de los indígenas.

La noche calurosa, á pesar de la inmensidad de mi cuarto. Por la mañana, después de tomar la ducha, visito el jardín Wampóo, una de las curiosidades de Singapoore. Es la casa de recreo de un chino riquísimo. Gracias á la recomendación del señor Himekindt, pasajero del *Yang-Tsé*, me reciben muy bien, en ausencia del dueño, muchos de sus servidores. El interior es curiosísimo: profusión de objetos de arte chinos; en el jardín, árboles rarísimos. Algunos están podados de modo que representan formas humanas. Me gusta más lo natural. Ha llegado el momento de volver á bordo.

DE SINGAPOORE Á SAIGON (645 MILLAS).

Sábado 21.—Nos hacemos á la vela con rumbo á Saigon. También nos han abandonado algunos viajeros para ir á Batavia (isla de Java). Otros se han dirigido á Baugkok, capital del reino de Siam. Esta Compañía de Mensajerías se comunica con todo el Oriente y extremo Oriente.

Cuaderno de bitácora: Tiempo nublado, brisa

fresca. Un vapor á estribor en dirección contraria. Cambio de saludos con un vapor austro-húngaro. Estamos ahora en el mar de la China.

Del domingo 1.º de Enero de 1888 al lunes 2.—Fuerte brisa del NE. Mar gruesa. Cala seca.

Lunes 2.—Poco oleaje. Costeamos la isla de Poulo-Condor, donde Francia ha establecido una penitenciaría annamita.

A las ocho y media de la noche divisamos el cabo de Santiago (más allá del río de Saigon). Recogemos el piloto y anclamos en la bahía de los Cocoteros.

A las diez, se apareja y gobierna en el río con arreglo á las indicaciones del piloto.

Martes 3 de Enero.—A las seis de la mañana llegamos á Saigon.

Nuestra llegada está anunciada desde la víspera por la tarde, por dos despachos enviados desde el cabo de Santiago, concebido el primero en estos términos: «Correo á treinta millas», y el segundo: «Correo ancla.» Así es que, á pesar de lo matinal de la hora, Saigon nos espera. Las barcas annamitas, los *sampans* rodean al *Yang-*

29768

Tsé, y en el muelle los carruajes del país (Isidoro y Moblé) nos ofrecen sus servicios.

Saigon á vista de pájaro.—Si se viese uno transportado de pronto de Francia á Cochinchina, habiendo permanecido siempre en alta mar, creo que quedaría encantado á primera vista por el aspecto de Saigon y sus alrededores; pero el recuerdo de los países visitados ya perjudica á nuestra colonia.

En vez de la frondosa vegetación de Ceylan, sólo se encuentra una copia. Es parecida, pero no es lo mismo. Se busca la vida, la animación de Singapoore, y Saigon parece adormecido. Si se trata de la variedad de trajes y de la riqueza de colores, la decepción es aún mayor. Los anamitas van vestidos con el *sampot* nacional, gris, uniforme, y hasta los chinos, en vez de sus preciosas túnicas de seda, usan ropajes de algodón azul poco vistosos. Hecha esta crítica, vamos á los elogios.

Es todo lo gracioso que se puede imaginar el pueblecito de Saigon, muy alegre, con inmensos muelles y un magnífico puerto fluvial, que proporciona albergue á los buques de más porte. El palacio del gobernador y las plazas que le rodean, extensos y con hermosos jardines. La

calle Catinat, el teatro y la iglesia, bastante espaciosa. El paseo de la Inspección, muy fresco y muy tranquilo, con sus aldeas annamitas que esmaltan el campo, el canal y el río que lo bañan de trecho en trecho; y la gran llanura de las Tumbas, muy pintoresca. Pero en mi calidad de *turista*, lo que prefiero de Saigon es Cho-Sen, una pequeña población chinesca, puramente chinesca, á dos kilómetros de la grande, y que parece destinada á englobar, á tragarse á su rival, sin confundirse con ella... por fortuna.

Hago aquí punto. Este resumen ha resultado más largo de lo que yo quería; y paso á las *Quinientas mujeres para un hombre solo*.